

julio ardiles gray

•

# los médanos ciegos

novela



ediciones "doble p"

can  
D  
BdL

## LOS MEDANOS CIEGOS

Otra vez me ha vuelto a ocurrir de tener ya escrita una solapa para un libro y verme obligado a reemplazarla. Me refería en líneas generales, a la obra tesonera de Julio Ardiles Gray y remitía al lector a lo que ya había dicho sobre él en la solapa de *Los amigos lejanos* (doble p-1956). Y también decía algunas cosas sobre la situación de nuestros escritores, metiéndome en eso del "apostolado cívico" que tanto molestó (no sé porqué) al novelista Jasca, según su explosión de malhumor estampada en *Mundo Argentino* del 13 de marzo 1957. Mas me llegó una carta de Ardiles Gray y, como una profunda amistad que se ha desarrollado entre nosotros, debo romper la primera solapa. Juzgue el lector. Su carta me dice: "No te olvides de poner en la solapa una referencia al ciclo de *Los amigos lejanos*, cuyo segundo tomo es *Los médanos ciegos*. Aclarale al lector que no es una continuación, sino que los personajes secundarios de aquella novela, se vuelven principales en ésta. Después tienes mano libre para decir lo que quieras, pero por favor que no se te vaya la mano alabándome. El lunes me pondré a pasar en limpio el original de la novela de la TIA (la tía de Santiago en *Los amigos lejanos* y cumplo con Ardiles Gray y "no se me irá la mano". Sólo señalaré el hecho de que antes de publicarse este libro, ya puso el punto final a su nueva novela, como demostración del coraje indomable de este gran novelista. Lo que no puede impedirme es que transcriba lo que le escribí después de leer el original: "Aquí está sobre mi mesa algo que hace que éste sea un atardecer de suave emoción, de dulces resonancias, de claros sentimientos. Ese algo se llama *Los médanos ciegos*. Que me ha emocionado profundamente. ¿Para qué decirte más, Julio? Quizá sólo agregar que es una joya que enriquecerá nuestra literatura y dará definitivo realce a tu nombre. Con la mis-

(continúa en la solapa siguiente)

Para David Rapmanovich  
 amigo en el compañero de  
 banco en la misma galera  
 Tralermamente  
 J. Hall  
 54

LOS MÉDANOS CIEGOS

Grandes Escritores Argentinos

NOVELAS

Volumen XVII

*Queda hecho el depósito que previene la ley. Copyright by ediciones doble p. Lavalle 1171, 8º piso, Bs. Aires, 1957.*

IMPRESO EN LA ARGENTINA

863ar (D3)

003843

JULIO ARDILES GRAY

# LOS MÉDANOS CIEGOS

novela

BIBLIOTECA DE LETRAS

Donación

de Inés y David

Lagmanovich



ediciones doble p

*A la memoria de mi padre.*  
*A Lucy, Pirucha, Hernán y Emilio.*

## CAPITULO I

La sensación de que algo faltaba en la pieza hizo al Riojano despertar e incorporarse violentamente.

—“¿Cuánto habré dormido?” —se preguntó.

Sentía que no había pasado mucho tiempo.

Esperó unos instantes y se dejó caer de la cama lentamente. Se acercó a la de González y en la oscuridad palpó las colchas con cuidado. Allí no había nadie. Volvió a su cama. El frío de la tierra húmeda le acalambraaba los dedos de los pies. Buscó a tientas las zapatillas y se las calzó, sentándose luego en el borde de la cama.

—“¿Dónde se habrá metido?” —pensó, peinándose lentamente con los dedos el cabello lacio y cerdudo que le caía sobre la frente.

Afuera, el viento silbaba en las ramas de los árboles y en los alambrados con un aullido que a veces parecía de dolor y, a veces, salvaje alegría.

—“Tres semanas” —se dijo con rabia y escupió.

La luna brillaba con fuerza sobre un cielo duro. Hacía cinco meses que no llovía. El día que llegaron al valle comenzó a soplar el viento; venía



al amanecer y a la oración se apagaba. Entonces, con el calor y la sequedad de la atmósfera, la noche se aplastaba sobre la tierra.

A veces el viento se detenía, pero era por un momento. Parecía que se daba un respiro o que cargaba su viejo pulmón de ráfagas, arena fina y remolinos para lanzarlas luego con fuerza sobre los ranchos.

—“¿Cuánto habré dormido?” —volvió a preguntarse el Riojano.

Se incorporó de nuevo y comenzó a caminar. Antes de llegar a la pieza donde dormían el carpintero y su mujer, se detuvo a escuchar. Entre sueños, el carpintero barbotaba palabras pulposas. La mujer, en cambio, dormía con placidez gozando todo el peso de su cuerpo.

El carpintero dejó escapar un largo gorgoteo y se calló.

El Riojano pensó en su amigo, en alguna chinita de algún rancho cercano y en una puerta abierta o fácil de abrir. Se mordió los labios. Era necesario que se quedaran quietos por una larga temporada, hasta que la policía se olvidara de ellos y del muerto. Pero este González no podía con su genio. Su labia lo iba a perder algún día. No podía con las palabras. Cuando se largaba a hablar todo lo que decía parecía verdad.

Las gentes se dejaban llevar blandamente sin

oponer resistencia mientras la historia se encadenaba. El asombro brotaba de las bocas como un vaho. Cuando hacía una pausa lo miraba. Él bajaba los ojos y arqueaba una ceja. Era su aplauso. El relato seguía más brillante hasta terminar en voz baja, casi siempre en una desgracia, dejando tras de sí un leve viento de tristeza. Entonces él comenzaba a operar y a cosechar lo que su amigo había sembrado, porque Santiago era incapaz de aprovechar las circunstancias que creaba. Eso quedaba a su cargo. Trabajaban complementándose el uno al otro. Desgraciadamente, la última vez las cosas no anduvieron como las habían planeado. No era un asesino, pero los nervios, los malditos nervios, le hicieron apretar el gatillo. Ahora tenían que quedarse quietos hasta que la policía los olvidara, pero este González no podía con su genio.

Mientras pensaba entró en la galería. Le pareció que el silencio brotaba detrás de cada paso suyo como un rastro negro y viscoso. Llegó hasta el final tratando de descubrir algo. Un vago presentimiento comenzaba a mortificarlo.

Se detuvo. Recordó la llegada al valle, al pueblo y a la casa del carpintero. El viento ya hacía tiempo que soplaba. Cuando llamaron a la puerta el niño asomó su cara de animal cuevero por una hendidura de las tablas y desapareció. Al rato escucharon un chancleteo sobre el piso de tierra y la

puerta se abrió. La mujer del carpintero les preguntó ásperamente:

—¿Qué quieren?

Pegado a las faldas de la madre, el niño asomaba la cabeza. Como otras veces, González se encargó del discurso. Pidió alojamiento, contó una historia triste, dijo que iban a pasar la noche, esa noche solamente, y que luego se irían. La mujer se volvió vacilante, dejando la puerta entreabierta. Con el pie, Santiago la abrió aún más para mirar. En la galería trabajaba el carpintero. El cepillo iba y venía silbando un susurro de aire viejo y cuerda desflecada. A su alrededor, las virutas salpicaban la tierra negra con raspaduras de oro. Cuando llegó la mujer, el carpintero detuvo la herramienta como si la paciencia se le afinara, afirmó el pulso y pasó rozando levemente una de las molduras. Después suspiró, miró complacido lo que había hecho y volvió la cabeza para escuchar lo que su mujer iba a decirle.

Al recordar, el Riojano movió la cabeza. Los pensamientos lo habían detenido justo al final de la galería. La luna iluminaba el patio con una luz brillante y dura. Paseó la mirada a su alrededor: una capa lechosa se extendía sobre las cosas sedientas y aletargadas. Se miró los pies hasta los cuales le llegaba la luz de la luna contenida apenas por la sombra del alero. Luego sintió como si

ella, de un momento a otro, fuera a cobrar vida y se echara a andar con su viscosidad lenta, subiéndole por las piernas hasta el pecho, hasta la boca, y mostrara lo que era él verdaderamente y no lo que las pobres gentes del valle creían.

Para vencer el miedo se rió de sus pensamientos y siguió andando. Comenzó a cruzar el patio y llegó hasta el naranjo. Se detuvo. Aquella inactividad lo estaba enervando. Era cierto que nadie pensaría en buscarlos allí. Además, si el carpintero o la mujer comenzaban a sospechar, tenía a su lado a Santiago, quien, con sus cuentos, podría entretenerlos hasta el día del juicio final. Sospechaba que a su amigo le estaba gustando la vida del valle, sobre todo porque siempre tenía público a mano. Pero para él se habían hecho otras cosas. No veía la hora de salir de esa cueva, de librarse de esas gentes, peores que el viento que no dejaba de soplar y de la falta de agua. Sí. Todos los días las mismas cosas: a la mañana el ruido del carpintero con sus maderas; la mujer trajinando en la cocina. Después del mediodía una larga siesta. Al atardecer los mismos ruidos de cepillos y clavos; la mujer se sentaba en una hamaca de mimbre, a bordar con su bastidor una funda de lienzo, entre largas puntadas y bostezos; el chico se entretenía en regar la galería, las plantas de geranio o en hacerle burlas al loro que en su anillo iba y venía

chillando. A la oración las cosas comenzaban a empalidecer en forma extraña; el cielo recortaba las figuras de los árboles, el viento se detenía de pronto, las cosas se teñían de un color lila y parecía que iban a evaporarse de un momento a otro. De los algarrobos vecinos se levantaba el hervor de las chicharras; el aire se llenaba de innumerables burbujas que cantaban un son arenoso; de rato en rato, si se fijaba la atención, algunas nuevas se encendían y llevaban al coro su murmullo árido hasta desaparecer absorbidas por la monotonía del canto; otras, se apagaban bruscamente, como una luciérnaga en el aire.

Esa hora le daba escalofríos; presentía que estaba en presencia de algo inminente y su desasosiego no cesaba hasta muy entrada la noche.

Por eso odiaba el lugar: el viento, la arena, las gentes idiotas que hacían rueda a González para escuchar sus cuentos estúpidos, la bondad del carpintero y el niño, ese huraño, siempre escondiéndose en las polleras de la madre.

Hizo un gesto y reanudó su camino en dirección al callejón. Antes de llegar al portón se detuvo. Un murmullo de voces cuchicheaba indefinidamente en las sombras, detrás de la piedra grande, haciendo un ruido de papeles viejos y hojas secas.

Se agachó y avanzó con cuidado.

Las voces se hicieron más claras. Al fin distinguió la de González.

De pronto la voz del niño interrumpió lo que su amigo estaba contando:

—¿Y hablan?

—Ya lo creo —dijo González—. Nada más que hay que saber escuchar. Si uno pone el oído en el tronco, primero se escucha como un murmullo, luego, cuando el oído se acostumbra, se puede comprender.

El chico calló como si dudara. González se apresuró a decir:

—Es verdad... es verdad... A mí me lo enseñó un gitano hace tiempo. Cuesta trabajo escuchar; es necesario que se haga tu amigo. Pero cuando él habla...

El Riojano se estiró para escuchar mejor. Inesperadamente vió todo claro y sintió un aliento frío que le respiraba en la nuca. Pasada la primera impresión comenzó a arrastrarse de vuelta.

Antes de alejarse escuchó todavía la voz del niño que preguntaba con insistencia:

—¿Y yo podré escuchar lo que dice...? ¿Me podré hacer su amigo?

## CAPITULO II

Las mujeres, al encontrarse en la calle, miraban primero como al descuido y, levantando sus rebozos, susurraban la noticia a sus comadres.

Algunas creían que ello significaba el fin de todo. Otras opinaban que era el comienzo de algo extraordinario. La maravilla encendía los ojos de las buenas mujeres con un destello de abalorio.

Antiguas fuerzas volvían desde lo desconocido a dar muestras de vida. Había entonces que hacer señales, llamar la atención por todos los medios posibles para que no pasaran de largo.

Se agruparon en casa del carpintero, como náufragos, pero esta vez no era para llevar su silenciosa pesadumbre.

La iglesia fué quedando vacía. A los oficios cada vez iba menos gente. Una tarde las puertas se abrieron en vano. En la pequeña nave, los pasos del párroco sonarón huecos. Algo había abandonado a la iglesia, algo había hecho que los santos en las hornacinas volvieran a tener los ojos de palo, velados y muertos, y el ademán inútil.

La intriga del párroco se transformó en alarma.

La gente le rehuía al encontrarlo por los callejones. Cruzaban, compraban algo apresuradamente, o recogían aquello que, sin saber cómo, se les había caído de las manos.

A la culpa le nacieron ojos. Se arrebujaaba tras las mantas y los rebozos de las mujeres, miraba por las ventanas entreabiertas o se escondía furtivamente en los rincones.

La alarma del párroco se transformó en impotencia. Un día cerró el paso a uno de los vecinos:  
—¡Adiós, Pacheco...! Me estaba olvidando de tu cara...

El tono era zumbón como la sonrisa.

—¡Hace tanto que faltas a la iglesia...!

Agitó los brazos para demostrar su alegría.

Pacheco se encogió de hombros y ciñó los músculos de la espalda como si lo fuesen a golpear con un palo.

—Y... —dijo Pacheco, cambiando la cara.

El párroco cambió bruscamente de tono:

—No hay que perder la fe... Jamás hay que desconfiar de la Misericordia Divina...

Y desgranó el sermón que había preparado para el domingo y que no pudiera decir por falta de fieles. Mientras hablaba buscaba la cara huidiza de Pacheco. Este se aferraba a su "Y..." y la defendía con rencor, como si se tratara de una moneda mal habida.



El cura comprendió que todo era en vano. Suspiró.

Pacheco no esperó el final de los consejos y se escabulló echándose el sombrero sobre los ojos. El párroco se encogió de hombros y siguió su camino, pensativo. Con la vista fué siguiendo los rastros de un perro sediento, durante un largo rato.

Lo mismo ocurrió al día siguiente con María La Tuerta y la viuda del albañil. La viuda del albañil se defendió arrebatándole la palabra y contando las últimas enfermedades y los remedios posibles. Luego se fue arrastrando, sus grandes zapatos por entre las lajas.

El cura volvió a la casa parroquial, preocupado. Antes de cruzar la plaza reflexionó:

—“Acaso el único cristiano de todo el valle sea yo...”

Negó con la cabeza y reanudó su marcha.

—“No debo ser injusto —prosiguió mientras caminaba—. Pero es desalentador...”

Cruzó una calle.

—“Cuido la religión como un candelabro de plata... Todos los días me esmero para que esté limpio, pulido, brillante... Pero siempre aparece una mancha nueva y hay que comenzar otra vez...”

Ya estaba viejo. Cada año sentía más la fatiga

y la desazón. Hacía todo lo que estaba en sus manos para que las supersticiones desaparecieran. Pero cuando menos lo esperaba, afloraban otra vez y manchaban su candelabro brillante, pulido...

Había empleado la persuasión, la bondad. La bondad convence mucho más que cualquier razonamiento. Así pensaba cuando salió del seminario. Luego de cinco años de trabajo, se dijo: "No. Es necesario emplear la razón y la bondad en igual dosis..."

Creyó haber logrado algo. Pero las manchas volvían a aparecer. Despertaban lentamente y se extendían, venciendo la modorra en que estaban sumidas.

—"Ya estoy viejo" —se dijo mirando las arrugas de la mano—. "No puedo cumplir mis obligaciones como antes..."

Se dejó abatir por una bocanada de desilusión.

—"Pediré al señor obispo que me reemplace..."

Luego reaccionó. No era posible darse por vencido; debía luchar hasta el fin, hasta que su candelabro de plata estuviese pulido de nuevo y esta vez para siempre.

—"Pero... ¿valdría la pena?"

La desazón lo invadió otra vez. Volvió a acordarse de sus años de seminario, de los propósitos que hizo cuando recibió las órdenes y llegó al valle para hacerse cargo de su parroquia. ¡Todo

tan lejano...! Apenas le pertenecía. Ahora, se sorprendía chocheando. Estaba cansado. Una grieta aquí... luego otra más allá... Se tapaba ésta... se abría aquélla... La sequía había abierto un boquete, un boquete inmenso por donde se le escapaba el trabajo de más de cuatro años.

Una piedra de color le llamó la atención. Se agachó a recogerla. Era su manía. Coleccionar piedras de colores.

La contempló un instante, le pareció muy rara y la guardó en el bolsillo.

—“Esta pobre gente no tiene la culpa... Es la sangre, como muchos dicen por ahí. Algo que duerme en la sangre y se despierta al llamado de la naturaleza... No hacen sino responder a un viejo llamado...”

Volvió a detenerse...

—“Acaso la sangre sea el medio natural donde reposan aletargadas las supersticiones...”

Sacudió la cabeza.

—“No es posible —se dijo— soy injusto...”

Nuevamente quedó pensativo.

—“Pero, ¿será posible...?”

Viejas palabras que solía leer en su juventud se agolparon en las sienes en un remolino de latidos. ¿Quién las dijo...? Un padre de la Iglesia, quizá... Ya recordaba...

Entrecerró los ojos y las palabras de San Agus-

tín le vinieron a la boca como un regusto. Tuvó que decirlas en voz alta:

—... “Muchos pecadores, deseando volver a ti, Señor, y no pudiendo lograrlo por sí solos, se valieron de los espíritus malignos. Vencidos del deseo de tener apariciones o visiones curiosas, se hicieron dignos de engañosas ilusiones... Como os buscaban llenos de orgullo, presentaban con arrogancia su pecho en lugar de humillarlo... Así, sólo pudieron atraer a las potestades rebeldes del aire... Entre ellas no había sino aquel demonio que, transformándose, se presentaba como el ángel de la luz...”

—“El ángel de la luz... El ángel de la luz...”  
—murmuró.

Abrió los ojos como si comprendiera todo. Cerró los puños y en voz alta dijo:

—No puedo permitir que esto suceda entre mis gentes... La fuerza... La fuerza... Si la bondad y las razones no me bastan, emplearé la fuerza.

Se apretó el sombrero y apresurando el paso abrió la puerta de la casa parroquial.

El viejo sacristán, en cambio, fue más explícito:

—En casa del carpintero pasa algo —dijo como al descuido.

El párroco leía el breviario y no prestó atención. El sacristán dobló la manga de un roquete:

—Se juntan a rezar —insistió.

—¿Ah, sí...? —dijo el párroco mecánicamente, mientras seguía la lectura del libro.

El sacristán arregló una estola. Se produjo un silencio.

—Se juntan a rezar —volvió a decir, después de un rato, sin levantar la vista.

El párroco bajó el libro:

—¿A rezar...?

—A rezar y a otras cosas...

—¿Qué cosas?

El cura cerró el libro con violencia y miró al sacristán por sobre los anteojos. Este tartamudeó:

—Muy bien no sé, padre... Lo supe de pasada...

—No importa. Decime lo que sepás...

Apoyó las manos en las rodillas e inclinó el cuerpo hacia adelante como si se preparara a escuchar una confesión.

—Bueno... —tartamudeó el sacristán— el hijo del carpintero...

El cura se acarició la barbilla.

—Dicen que habla...

El sacristán estaba al borde de decirlo todo. Titubeó unos instantes. Luego cerró los ojos y se dejó resbalar...

—Habla...

—¿Quién dice? ¿Con quién habla...?

—Unos piensan que con Dios... Otros dicen que es San Isidro.

El cura se echó hacia atrás, pensativo. Frunció el ceño. El sacristán se detuvo esperando.

—Vamos, continuá —dijo el cura saliendo de sus pensamientos—. ¿Qué es lo que habla el chico del carpintero con San Isidro, o con quién sea...? No temás...

—Y... según dicen... habla del agua.

—¿Qué dice del agua...?

—El chico dice que sabe dónde nace y dónde se cría el agua.

El párroco movió la cabeza pensativo.

—Y... ¿dónde habla con San Isidro...?

—Allí mismo... En el fondo de su casa. El muchacho pone el oído en un naranjo viejo y siente las palabras que suben por el tronco.

—¿Fuiste allí...?

La pregunta tomó desprevenido al sacristán.

—Sí... Sí... Es decir, no. Me lo contó Cirilo... Cirilo piensa que la voz del naranjo no es ni de Dios ni de San Isidro...

Comenzó a hablar apresuradamente.

—Y Cirilo, ¿de quién cree que es la voz...?

El sacristán pensó un momento:

—Bueno... pero no hay que hacerle caso...

Cirilo es un tonto... Cree que es la madre del agua...

—¿Y vos...?

El cura se incorporó en la silla.

—San Isidro, padre... — tartamudeó —. San Isidro...

El cura sonrió, mostrando los dientes finos, regocijado como si hubiese logrado atrapar un insecto con una aguja clavándolo en un alfiletero.

El sacristán permaneció callado, sin saber qué decir. Luego se puso rojo. Sólo atinó a sacar el pañuelo y a sonarse fuertemente la nariz.

### CAPITULO III

A las seis de la tarde de aquel domingo, la campana de la iglesia volvió a llamar inútilmente para la novena. A la siesta tampoco vinieron los niños a la doctrina.

Después del último repique, el párroco esperó media hora. Pero nadie llegó. Entonces tomó el sombrero y levantó el breviario para ir leyendo por el camino como era su costumbre. Antes de salir habló con el sacristán:

—No te olvides de cortar los pábilos. Esta mañana humeaban mucho las velas del costado izquierdo. . .

En la calle corría el viento, que lo empujaba obligándolo a caminar a empellones. La sotana se le pegaba en las rodillas con fuerza, como un alga. Apretó el breviario en la mano y forzó el paso.

Antes de llegar a la casa del carpintero debió esconderse de tres mujeres que marchaban apresuradas. Se metió en un baldío hasta que entraron en la casa.

En lugar de dirigirse por el callejón, lo hizo por el patio de atrás y caminó cuidadosamente



hasta una de las ventanas. Estaba entreabierta. Por la hendidura se escapaban voces.

Pegado a la pared, se acercó con cuidado para observar mejor. El niño estaba sentado en medio de un corro de vecinos. A su lado, González le sostenía la frente y de tanto en tanto le secaba el sudor con un pañuelo.

Una vieja comenzó a rezar. La voz sonaba herumbrosa. Las paredes de cal, blancas e impasibles, devolvían la voz más muerta todavía:

—“Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal...”

Las mujeres respondieron a coro:

—“¡Líbranos, Señor, de todo mal...!”

La vieja repitió varias veces el estribillo. Las vecinas acentuaban casi con fiereza la primera sílaba del “¡Líbranos...!” y disolvían el resto en un abandonado murmullo.

Había cierta indiferencia por el sentido de las palabras. Tantas veces dichas, a través de tanto tiempo, ya no tenían el brillo ni el poder de evocar imágenes que tienen todas las palabras nuevas. El sonido estaba gastado, las palabras muertas, opacas, como vidrios empañados o bronces duros.

—“¡Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal...!”

Desde niños las habían aprendido a repetir, las habían repetido y oído cientos de veces. Los cientos fueron comidos por los miles. Ahora ya habían perdido la cuenta, y no importaban.

—¡Líbranos, Señor... de todo mal...!

Lo único que conservaban era la fuerza que siempre ponían al decirlas.

Era una fuerza terca, como la de una mula. Al fin, era lo único a lo cual podían aferrarse aunque su eficacia fuera dudosa. Tan sólo eso habían heredado de los viejos. Lo desconocido podía ser vencido juntando con paciencia ese mosto rencoroso de las palabras sin sentido.

Cada generación debía aportar un poco, como un breve afluente. Alguna vez, en un futuro lejano, quizá podrían romper el pecho viscoso del misterio.

Sin embargo, el pecho no hacía otra cosa que ceder lentamente. Nadie sabía hasta cuándo, pero empujaban tercios y ásperos, como las mulas viejas de los malacates...

—“Líbranos, Señor... de todo mal...!”

En medio del murmullo flotaba el acento inicial. El acento tenía el mismo impulso empecinado de los hombres cuando empujan las vigas para subirlas a los techos de las casas nuevas.

En medio de una pausa, una mujer suspiró. El corro rápidamente envolvió a la rezagada y la arrastró a la deriva, corriente abajo.

El párroco cambió de posición para observar el otro lado.

Las mujeres estaban todas cubiertas. Las más

viejas llevaban mantas negras; las más jóvenes, algunos rebozos livianos; otras trataban de cubrirse con un pequeño tul o un pañuelo y se ayudaban con las manos, como si defendieran la cabeza de la ira de lo sagrado. La ira de lo sagrado era algo así como un aire fino y cernido que llovía lentamente desde lo alto y lo contaminaba todo. Había que librar la cabeza a toda costa de esa garúa ponzoñosa.

De improviso, las letanías terminaron. Dos viejas ciegas, que estaban en un rincón, se consultaron tanteándose las rodillas con las manos.

Cerca de la puerta estaba una mujer con un niño en brazos.

Las paredes tenían estampas de santos, muchas de ellas recortadas de diarios o revistas viejas.

Un silencio repentino se abrió.

González dijo lentamente, casi en un susurro:

—Cristóbal... ¿dónde está el agua...?

Los ojos del corro se abrieron desmesurados. Algunos se inclinaron hacia adelante como sobre un brocal. González volvió a repetir:

—Cristóbal, ¿dónde está el agua ahora...?

El niño abrió los ojos y se incorporó con dificultad. Los labios le temblaban. Se llevó la mano a la cara. Trataba de quitarse algo que le impedía ver. Santiago le apartó las manos suavemente e insistió:

—Cristóbal, todos queremos saber dónde está el agua... ¿Falta mucho para que venga...? ¿Me escuchás...? ¿Qué dice el naranjo...? ¿Me escuchás, Cristóbal...?

Le secó el sudor. Cristóbal trató de balbucir algo. Señaló hacia la puerta. Algunos se incorporaron, pero Santiago los detuvo con un ademán.

El niño sonrió. Tenía los ojos brillantes:

—El agua... el agua... —dijo con alegría.

Se levantó un murmullo. González volvió a hacer señas para que guardaran silencio.

El niño respiró agitado. Al principio algunas palabras fueron como un burbujeo. Luego adquirieron forma. Las desgranó lentamente, con una rara satisfacción, maravillado como si estuviese jugando con grandes arcos de varillas livianas.

—“El agua... El agua...”

—¿Dónde está el agua ahora...?

González se inclinó.

—El agua está al otro lado del mundo...

—¿Muy lejos...?

—Lejos... Muy lejos...

—¿Vendrá...? ¿Cuándo vendrá...?

—Vendrá... vendrá... Está hecha de plata. Con esa voz me habla. Con la voz con que hace los remolinos y las burbujas.

Un viejo se levantó impulsado por la curiosidad.

—¿Podemos sembrar ya? —preguntó.

Se dirigió a González:

—Preguntelé si vendrá pronto...

González volvió a inclinarse:

—Cristóbal, ¿falta mucho para que vuelva el agua...?

El niño no respondió. Volvió a sonreír regocijado y trató de desprenderse de las manos de González.

—Cristóbal...

—El agua, el agua... —repitió el niño con los ojos iluminados— está hecha con racimos que se deshacen como las uvas. Tiene la carne blanca, por eso no se la escucha cuando corre por la greda. Debajo de la tierra tiene una casa verde... inmensa... llena de arcos de mimbres, ramas de sauces y hojas frescas... Allí fabrica el verde para las ranas y las lagartijas..., el barro para las ánguilas... y la sombra para que puedan respirar las iguanas...

La voz del niño se deslizaba ahora suavemente, llena de murmullos secretos, con una frescura y una cadencia que amodorraba.

La gente se dejaba llevar arrastrada por las palabras. Había en el aire cierto deleite, como si todos estuviesen metiendo las manos en un gran charco de agua fresca, luego de haber trabajado mucho.

Pacheco consiguió vencer el sopor y se incorporó con fastidio:

—Queremos saber si falta mucho... Hay que sembrar —dijo.

Se dirigió a González.

—Preguntále eso.

González lo hizo callar poniendo el dedo sobre los labios. Luego se apoyó en el hombro del niño y lo llamó:

—Cristóbal, ¿cuándo vendrá el agua...? ¿Qué dice el naranjo...?

La viuda del albañil protestó:

—Dejen que el niño diga lo que sepa.

Cerca de la puerta alguien preguntó:

—Queremos saber quién es el que habla... ¿Es San Isidro...? Preguntelé si es San Isidro...

El chico se detuvo sobresaltado. Se llevó las manos a la cabeza. González se apresuró a tomarlo de un brazo y lo hizo sentar. La gente comenzó a arremolinarse.

González protestó:

—Les he dicho que no hablen... En cuanto lo asustan enmudece...

Sacó el pañuelo y lo pasó por la frente de Cristóbal. Este volvió a levantar los ojos. El brillo se había apagado. Miraba yagamente como si nada de lo que lo rodeaba le interesara.

El párroco se fijó en un rincón. La gente co-

menzaba a formar pequeños grupos. Apoyado sobre una cómoda, el Riojano fumaba pacientemente. Sonreía satisfecho. Parecía que junto con el humo abandonaba una infinidad de pensamientos inútiles.

El cura sintió voces cerca de la ventana. Se apartó ligeramente y se deslizó por la pared. Antes de dirigirse a la calle, se detuvo a escuchar.

Las letanías comenzaban de nuevo. Un murmullo espeso, como el zumbido de un colmenar hambriento, se dejó oír:

—“San Isidro Labrador,  
Venga el agua, tape el sol.  
Piel de rana,  
flor de iguana,  
barro de anguila,  
San Isidro Labrador.  
Venga el agua, tape el sol. . .”

El párroco se encogió de hombros e hizo un gesto-como si fuese a escupir. Pero no escupió. En cambio dijo:

—¡El ángel de la luz. . .!

Y se perdió en el callejón disputándole la sotana al viento, que se la lamía con su lengua negra y rabiosa. Era de noche.

#### CAPITULO IV

El comisario quiso decir algo, pero el párroco lo interrumpió con violencia, agitando un dedo delante de sus ojos:

—No, señor... No pasará nada... Usted cumple con la ley...

El comisario se defendió dolorosamente:

—Ya sé, padre... Pero es que...

El cura respiró fuertemente levantando las aletas de la nariz:

—Esto se sabrá en la ciudad, de todas maneras... y entonces sí que pasará algo...

El comisario aflojó los brazos dándose por vencido y se inclinó sobre el escritorio:

—Bueno —dijo con resignación—, ¿qué quiere usted que yo haga, padre...?

El párroco resopló orgulloso. Se pasó el dorso de la mano por el cuello:

—Usted sabe mejor que yo lo que corresponde hacer en estos casos.

—Mejor será que usted me diga...

El comisario lo miró de reojo. Luego agregó con intención:



—No sea que en la ciudad no les guste lo que yo pienso hacer...

El cura trató de aflojar con los dedos la presión del cuello almidonado. Se dirigió a la ventana y miró hacia afuera distraído.

—¿No hubo nunca otros casos semejantes? —preguntó.

El comisario movió los ojos.

—Como éste... Creo que no, padre —tartamudeó.

El párroco había fijado la vista en algo de la calle. Sin embargo, no miraba nada en particular. Levantó las cejas y arrugó el entrecejo:

—Cuando yo vine, hace muchos años —dijo pensativo—, había una tal María Martina... ¿No recuerda?... Curandera...

—Yo no estaba aquí —respondió el comisario turbado—. Era oficial en San Pedro...

El cura desarrugó el entrecejo y apretó los labios. Pensó un momento. Luego se volvió brusca-mente como si de pronto hubiese recordado que algo importante reclamaba su presencia. Tomó el sombrero de la percha. Antes de abrir la puerta miró fijamente al comisario. Sonrió, arrugando los ojos:

—Algunos deben recordar todavía... Pregúntele al sargento... Hace quince o veinte años que

presta servicios en esta zona... Además —agregó con un tono zumbón—, los libros tienen más memoria que las personas...

Sonrió nuevamente y luego dió un portazo.

## CAPITULO V

Dos días antes que el comisario se decidiera a "tomar medidas", el viento se hizo más intenso. Sobre el horizonte, al sur, casi al ras de las montañas, se levantó una nube de un color gris duro, como piedra, que al atardecer se volvió morada y luego casi de sangre.

Los médanos cercanos al camino, inmóviles durante muchos años, comenzaron a caminar lentamente. Primero invadieron el camino, luego las propiedades de Juan Guerrero. La arena se deslizaba imperceptible, a cada golpe de viento, encrespando sus lomos escamados de pequeñas olas secas, sobre las cuales, como un reptil, parecía deslizarse. Al llegar al tronco del primer árbol que encontró en su camino, el médano lo abrazó rabiamente y formó en derredor un túmulo. Como no pudo engullirlo, rebasó el tronco y se metió goloso en los primeros surcos.

Cuando el comisario fué a la casa del carpintero para averiguar lo que ocurría, sólo encontró a la mujer en su silla hamaca, con el bastidor en las manos, bordando como siempre, y a José trabajando sus molduras con la gubia.

—¡Buenos días...! —gritó al entrar.

El carpintero dejó su trabajo y se secó el sudor con la manga de la camisa. La mujer se incorporó:

—¿Qué anda haciendo, compadre...? —preguntó sacudiendo las hilachas de la falda.

El comisario trató de forzar la voz dándole un tono más familiar:

—Y como siempre, de recorrida...

El carpintero se acercó. Sonreía con un gesto falso:

—¿Alguna novedad...?

El comisario miró vagamente en torno a la pieza. Indiferente, dijo:

—Nada... Ninguna... ¿Qué puede pasar en este valle aburrido a no ser esta seca a la cual ya me voy acostumbrando? Aparte, lo de siempre... Un borracho, unas gallinas perdidas...

La mujer comentó con una risita seca:

—Sí... Sí... Diez días más y tendremos que irnos a vivir a otro lado.

Le acercó una silla para continuar:

—Y es raro... Nunca suele pasar tanto tiempo sin llover...

El comisario se sentó abriendo las piernas. Apoyó un brazo sobre una rodilla y con el cabo del látigo comenzó a golpear lentamente el taco de la bota. El carpintero intervino:

—Mi madre sabía acordarse de la seca del ochenta...

El comisario asintió con la cabeza:

—Pero ésta ya ha durado veinte días más que aquélla...

La mujer volvió a sonreír nerviosa. Arrugaba y desarrugaba el delantal. Encontró una hilacha y comenzó a retorcerla.

—¿No quiere servirse algo, compadre? —preguntó.

El comisario estiró la cabeza tratando de mirar a la pieza vecina. La mujer insistió:

—¿No quiere que le sirva algo, compadre...?

Sorprendido, el comisario volvió la cabeza.

—¿Cómo dijo, comadre...?

—Si no desea que le sirva algo...

—No, gracias... Acabo de comer unas cuartas en el almacén de Tula... y están bien asentadas...

Sonrió. El carpintero fué hasta el arcón y comenzó a revolver en el fondo, buscando algo. La mujer se apoyó en la mesa. Durante unos instantes nadie dijo nada. El comisario volvió a estirarse.

—Lo noto preocupado —dijo la mujer saliendo del paso.

—¿Preocupado...?

El comisario arrugó la frente.

—Me parece... no sé... —se disculpó la mujer.

—No... Un poco de sueño quizá... Es la comida... y el vino. A estas horas...

Se incorporó bruscamente y comenzó a pasear dando grandes zancadas en derredor de la mesa. La mujer tomó el respaldo de la silla:

—¿Mucho trabajo...? —volvió a decir nerviosamente.

El comisario se detuvo frente a la ventana y levantó una botella que estaba en el alféizar para mirarla al trasluz.

—No, comadre... Le dije que no —dijo sin volver la vista.

—Es cierto... es cierto —agregó la mujer ensombreciendo el rostro. Sacudió la cabeza como si estuviese contrariada. El comisario dejó la botella:

—Pero... —agregó haciendo una pausa—, dentro de unos días, desgraciadamente, voy a tener mucho trabajo... a pesar mío...

El carpintero sacó la cabeza del arcón. La mujer se puso pálida. Los dos se miraron por sobre el comisario. Este prosiguió:

—Hay cosas que a uno le duele hacer... El deber es el deber...

La voz se le hizo más sombría:

—Un oficial en Loreto tuvo que detener a su propio hermano...

El carpintero tartamudeó moviendo la cabeza con tristeza:

—El deber, es el deber. . .

Sacando fuerzas de su flaqueza, preguntó la mujer:

—¿Algún crimen, compadre. . . ?

Pensativo y con la vista vaga, el comisario dijo:

—Para mí, no. Para los que saben, sí. . . Y como no soy juez, no puedo opinar. Tengo que proceder y nada más. . . Ese es mi oficio. . .

Tosió como si la saliva lo hubiese ahogado. Fué a decir algo más, pero un impulso lo detuvo. Contrajo los labios y se dió un fuerte golpe en la caña de la bota con el mango del látigo. Luego agregó:

—Es más de la una. . . Se hace tarde.

Dió la vuelta a la mesa y salió sin despedirse haciendo sonar las espuelas.

Los cascos de la mula resonaron todavía unos instantes hasta perderse comidos por la capa de tierra del camino.

El carpintero y la mujer quedaron mirándose durante un momento. Luego ésta se cubrió la cara y sollozó. El carpintero dejó caer la tapa del arcón con fuerza y se dirigió hasta su mujer.

—Entonces —dijo inquisitivo— ¿tenía razón Pacheco. . . ?

La mujer asintió sin quitarse las manos de la cara.

—Hay que avisar al Riojano. . . —dijo el carpin-

tero—. El sabrá lo que tenemos que hacer ahora.

Angustiada, la mujer lo detuvo de un brazo. Con la voz velada dijo:

—¿No sería mejor que el niño se quedara...? Después que ellos se hayan ido podríamos echarles la culpa.

El carpintero pensó un momento. Estiró los labios y luego dijo:

—Ya veremos... Ahora voy a buscarlos...

Se desprendió de la mano de su mujer y salió al patio. Cruzó el alambrado y se metió en los cercos. Anduvo un rato hasta que comenzó a salir hacia el camino.

Debajo de un chañar estaban recostados el Riojano, González y el niño. Al verlo venir, el Riojano se levantó saliéndole al encuentro.

—¡El comisario se acaba de ir...! ¡Pacheco tenía razón...! —gritó el viejo desde lejos— ¡Es el cura!...

Se detuvo a tomar aliento. El Riojano llegó hasta él. —

—Me dió a entender que no quiere hacer nada. Respiró con dificultad. El Riojano se adelantó:

—¿Cómo dijo Pacheco...? ¿Es el cura...?

El viejo dijo que sí con los ojos.

—No puede ser otro —agregó—. El sargento tampoco quiere... Al contrario...



Pensativo, el Riojano comenzó a acariciarse el bigote. El viejo le buscó la cara:

—¿Qué piensa hacer ahora...? El comisario dijo que pronto comenzaría a “cumplir con su deber...”

El Riojano seguía acariciándose el bigote. Lentamente dijo con voz descolorida:

—Iremos al rancho de Pacheco...

El carpintero tragó saliva y preguntó con desconfianza:

—¿Con el niño? ¿Y si lo dejaran...? A una criatura nada le pueden hacer... Además, el agua...

El Riojano sonrió con desprecio:

—Por eso mismo —dijo—. La lluvia está cerca. No podemos esperar mucho. Si se llevan al niño, todo habrá sido inútil.

El carpintero se resistía. El Riojano le puso una mano en el hombro:

—Además, tenemos que probarle al cura que es verdad. Si no lloviera, seríamos los primeros en presentarnos al comisario...

El carpintero torció lentamente la cabeza. Se dejó vencer por el argumento:

—Está bien —dijo—. Pero...

El Riojano aumentó la presión de la mano sobre el hombro del viejo:

—No puede ser —agregó con confianza—. No hay peros... Ayer el chico volvió a decir que el agua está muy cerca.

JULIO ARDILES GRAY

El carpintero se rascó la patilla.

—... bueno —dijo—. ¿Cuándo saldrán...?

—Esta tarde misma... No podemos perder mucho tiempo...

## CAPITULO VI

A los seis días, el párroco volvió de nuevo a ver al comisario:

—¿Tampoco hoy tiene noticias...?

Sonreía con desconfianza.

—Tampoco, padre...

El párroco estalló:

—Será preciso entonces...

El comisario trató de defenderse:

—Estoy haciendo lo que se puede... ¿Acaso no ve usted?

El tono era respetuoso, excesivamente respetuoso, por momentos irritante.

—Entonces, ¿por qué no detiene al carpintero y su mujer...?

El comisario titubeó:

—Este... ellos, en cierto modo, no son culpables... Hay que dar primero con el Riojano y su cómplice... Entonces se podrá saber el grado de culpabilidad de todos y de cada uno...

El párroco guardó silencio. Luego, con cierto brillo de malicia en la mirada, observó:

—¿Acaso no será...?

Sonrió comprensivo. El comisario volvió a la defensiva. La mirada del cura le turbaba. El fastidio le subió por las mejillas. Tuvo que contenerse:

—Usted ve bien, señor cura, pero estoy haciendo todo lo que está al alcance de mi mano... Para mí esto es muy delicado... Me pesaría hacer una injusticia con esta gente...

El cura seguía sonriendo y mostrando sus dientes finos. Se acercó hasta el escritorio con calma, puso las manos sobre la cubierta y se inclinó lentamente. El comisario hizo un gesto de repulsión y se echó hacia atrás. El párroco susurró confidencial, casi como un secreto.

—Ya sabré decirle dónde están... Ya sabré decirle...

Se irguió insolente:

—Desde ese momento —se dijo imperativo—, tendrá un día de plazo para proceder. Si no lo hace, usted sabe mejor que yo lo que ocurrirá.

El comisario levantó los hombros. Sobreponiéndose, el párroco se volvió parsimonioso, recogió el sombrero, abrió la puerta y la cerró suavemente, echando el pestillo antes de salir.

## CAPITULO VII

Después de haber engullido la propiedad de Juan Guerrero, los médanos comenzaron a tragar la tierra de los Suárez. Allí pareció que una acequia ancha, que cruzaba todo el campo, iba a detenerlos. Pero no fue así. La acequia estaba sin agua. Su cauce fué cegado lentamente. La arena se filtró con paciencia y después comenzó a caminar alegremente por el campo, con sus escamas erizadas por el viento.

El aislamiento del párroco se hizo intolerable. Sólo podía hablar con el sacristán y el comisario. Con el primero lo hacía para discutir; en cuanto al segundo, con su mutismo y su timidez, había que sacarle las palabras a la fuerza, o sino monologar sin esperanzas.

Con el resto del vecindario mantenía una especie de contacto impersonal, por medio de las campanas. Obstinadamente, todos los días mandaba a tocarlas en las horas señaladas para los oficios. El sabía muy bien que, al oírlas, las gentes sentían su presencia y su terca vigilia. Las campanas eran, en cierto modo, como el ojo de Dios. Penetraban en todas partes y era imposible escapar a su voz

monótona e implacable como un cargo de conciencia.

Dos días antes que los hechos se precipitaran, el párroco leía su breviario en la sacristía, caminando a pasos lentos. El sacristán doblaba y guardaba cuidadosamente los ornamentos, haciendo de vez en cuando un ruido con la garganta.

Inesperadamente, el cura detuvo su paseo y levantó la cabeza:

—Necesito saber dónde están escondidos esos herejes...

Tenía vacía la voz, como el que habla con sus propios pensamientos.

Caminó de nuevo, esta vez más lentamente. Casi al llegar a una esquina se detuvo y volvió a decir:

—Todo el vecindario sabe... Estoy seguro que ese comisario también... Sin embargo los apaña... Debo encontrarlos... No puedo abandonarlos a la herejía.

Cerró el libro. Luego agregó con un dejo de tristeza:

—Tan luego a mis años, el Señor decide enviarme esta prueba...

Por un momento se dejó arrastrar por el abatimiento, pero luego se irguió:

—Debe haber algún medio... Debe haber... Tengo que encontrarlos...

El sacristán meneó la cabeza y dijo algo entre dientes. El cura alcanzó a oírlo. Volviéndose bruscamente dijo:

—¿Qué estás murmurando?

—Si yo lo supiera se lo diría, padre.

El párroco hizo un gesto.

—Si lo supieras...

Se detuvo. Levantó las cejas y repitió sonriente.

—¿Por qué no...? ¿Por qué no podés saberlo?

El viejo dobló una estola y encogió los hombros.

—Porque saben quién soy... Me esquivan como a usted, padre...

El párroco se acercó riendo. Le palmeó el hombro, paternal...

—Pero acaso ¿es necesario mi buen Gaspar, que vayas a preguntárselo a la gente?

El sacristán volvió la cabeza y abrió la boca. El cura frunció el ceño como disponiéndose a hablar seriamente:

—¿Cuáles son los amigos más cercanos que tienen esos dos sinvergüenzas? —preguntó.

El sacristán abrió aún más la boca.

—Sí, el Riojano y el otro —insistió el cura ante la pregunta muda del viejo.

El sacristán se llevó un dedo a la frente.

—Es claro... el carpintero y su mujer...

—Fuera de ellos —dijo el párroco con fastidio.

El sacristán hizo correr el dedo de un lado a otro lentamente:

—¿Pacheco? No... Matías. Ese sí... Matías...

—¿Matías?

—El que vive al final del callejón.

El cura sonrió. Luego agachó la cabeza y lentamente, como si estuviese por dar la absolución, fue diciendo:

—Entonces, desde mañana lo seguirás a toda hora. Tratá de que no te vea... Si necesitás mi mula, podés ensillarla.

El sacristán hizo un gesto de angustia:

—Pero qué saco con seguirlo...

El párroco rió. Esperaba la pregunta. Paternalmente volvió a decir:

—Querido Gaspar. Alguien les tiene que llevar la comida. Ese alguien puede ser Matías... Si lo sigues, por supuesto darás con el escondrijo...

Le palmeó el hombro con dulzura.

—Pero es que... —tartamudeó el viejo sacristán.

—¿Alguna duda, mi querido Gaspar?

—Yo estoy viejo —volvió a gemir—. No veo bien... Si me descubren... Usted sabe, padre, cómo es esa gente...

De nuevo el cura apoyó su mano en el hombro y le comenzó a hablar lentamente, pero esta vez con una impaciencia contenida:

—Gaspar... mi buen Gaspar: no sólo debemos



procurar nuestra propia salvación, sino también la de nuestro prójimo. Si hacés lo contrario, cometés un gravísimo pecado. Estás pecando contra la caridad.

El sacristán trató de defenderse:

—Pero es que, padre...

El cura le cerró el paso con un gesto seco:

—No querrás condenarte, Gaspar, ¿no es cierto...?

Gimiendo, el viejo negó con la cabeza. El cura puso su otra mano sobre el hombro del sacristán y prosiguió:

—Ya lo dijo el apóstol: “Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida, porque amamos a nuestros hermanos. El que no ama, está siempre en muerte...”

Luego sonrió burlón:

—Y tú no querrás morirte para toda una eternidad, mi buen Gaspar ¿no es cierto?

El sacristán abrió inmensos los ojos y con un hilo de voz repuso:

—No padre, no...

—Entonces, harás lo que te dije, ¿verdad Gaspar...?

Esta vez la voz del sacristán fué un susurro doloroso.

—Sí padre... Sí...

## CAPITULO VIII

Al día siguiente cesó el viento, pero la nube gris se mantuvo sobre el horizonte. Los médanos detuvieron su marcha a pocos metros de la casa de Flores, los lomos hinchados, como si satisfechos de tanto engullir, hubiesen decidido hacer la digestión durmiendo una larga modorra.

Al anochecer el Riojano llegó a la casa del carpintero en busca de noticias. José lo recibió en la entrada con el farol en la mano. Descendió del caballo y lo ató al poste de la piedra.

—¿Y el niño...? —preguntó el carpintero nervioso.

—Lo dejé comiendo... González lo cuida.

Aflojó la cincha y se echó el sombrero a la nuca. Luego agregó:

—Vengo por agua y comida...

—¿Agua y comida? Si hace más de dos horas salió Matías con la bolsa...

El carpintero y el Riojano comenzaron a caminar lentamente hacia la casa. El viejo se adelantó unos pasos con el farol.

—Entonces —reflexionó el Riojano—, nos cruzamos en el camino.

El carpintero se detuvo:

—¿Habrá ido por la quebrada? —dijo titubeando.

—No. Vine por la quebrada...

El viejo se rascó la barba y prosiguió su marcha desgonzada.

—Entonces fue por El Alto.

Llegaron a la casa. La mujer los esperaba en la galería.

—¿Y el niño? —preguntó con voz temblorosa. Quiso llorar.

El carpintero la calmó refunfuñando:

—Está bien mujer... está bien...

—¿No le falta nada...?

El viejo la interrumpió con fastidio:

—Te he dicho que está bien... No te preocupés.

Poniéndole la mano en el hombro, el Riojano intervino:

—Tenga confianza... Todo saldrá bien... El niño está sano, muy contento; juega todo el día con González... Cuando se calmen las cosas podrá ir... quizá dentro de unos días.

Miró hacia el cerro y luego agregó:

—El agua no puede demorar... Si llega, bajarán en seguida. No hay peligro...

La mujer trató de contener los sollozos:

—Si yo estuviese allá...

El carpintero protestó, dulcemente:

—Está bien... mujer... está bien... Cuando te ponés cargosa es inútil hacerte ver razones...

La mujer se sonó la nariz ruidosamente con la orilla de la falda y continuó hipando durante un rato.

El Riojano dijo:

—Y... ¿cómo andan las cosas...?

El carpintero hizo un gesto neutro:

—Como ayer... No pueden saber nada todavía... El cura, furioso... Amenaza al comisario con denunciarlo.

—La gente, ¿qué dice...?

—Decididos...

El viejo reflexionó. Luego hizo un gesto de "qué me importa".

—Bueno —agregó—, es decir, no todos...

El Riojano arrimó una silla y se dejó caer quejándose ruidosamente. Puso cara de comenzar a interesarse por lo que el viejo decía.

—Flores —prosiguió José— anduvo ayer protestando. No le gusta la cara que van tomando las cosas.

Durante un momento el Riojano estuvo pensativo. La mujer, aunque resignada, sollozaba de vez en cuando.

—¿Y el dinero...? —dijo como si no le importara.

La mujer intervino.

—Sólo pudimos juntar trescientos pesos.

—Trescientos cincuenta —le corrigió el carpintero—. Vázquez prometió darnos cincuenta mañana.

El Riojano se restregó los ojos, defendiéndose de la luz del farol.

—¿Los tiene usted?

—Sí... sí, —respondió con diligencia el viejo.

El Riojano bostezó.

—Será mejor que me los de ahora.

Sonrió como si sus palabras no tuvieran importancia.

—Puede suceder cualquier cosa, es mejor que esté prevenido.

La mujer y el carpintero se miraron. El viejo hizo un gesto.

—Dáselos —dijo.

La mujer titubeó.

—Será mejor que esperemos hasta mañana. Esos cincuenta pesos...

Apresurándose el Riojano la interrumpió.

—No importa —dijo—. Es lo mismo...

El carpintero intervino:

—No faltaba más... Si llegase a pasar algo esta noche, no me lo perdonaría nunca.

En voz baja le dijo a la mujer:

—María, entregáale el dinero...

El Riojano estiró las piernas aliviado y se desesperó encogiendo los brazos.

Luego, tratando de ahogar otro bostezo, dijo:

—Los cincuenta pesos los tiene usted, don José. Así puede ir comprando las cosas que vayan haciendo falta.

La mujer se dirigió al arcón y lo abrió. Durante un rato largo hizo ruido de papeles, vidrios y metales. Luego regresó con la plata, envuelta en un trapo negro. Piadosamente dijo al entregar-sela:

—Vea que a mi Cristóbal no le falte nada.

Estiró el envoltorio. El Riojano lo tomó metiéndolo luego en el bolsillo del pantalón:

—Descuide... descuide.

Detrás de la voz velada del Riojano, tintineaba una leve nota de regocijo. Poniendo los codos sobre la mesa el carpintero preguntó:

—¿Se vuelve esta noche?

—Después que coma algo.

Volvió los ojos a la mujer:

—Tengo hambre.

La mujer dijo con aflicción:

—Puedo hacerle una tortilla. También hay un poco de queso.

Sonriendo el carpintero trató de disculparse:

—Recién acabamos de comer... como no lo esperábamos...

—Da lo mismo... no soy exigente.

La mujer volvió a la alacena y sacó un plato. Cruzó luego en dirección a la cocina, pero antes de llegar al umbral se detuvo:

—José —dijo prestando atención—, viene gente por el callejón.

El carpintero y el Riojano se incorporaron nerviosamente. Este echó mano a la cintura y palpó la faja por detrás.

—Los perros ladran —repitió la mujer con voz descolorida.

Poniendo la mano en la oreja el carpintero se adelantó a la galería y escuchó.

—Creo... —trató de decir la mujer.

El viejo la hizo callar chistándola fastidiado. Un caballo se detuvo en el portón del fondo. El del Riojano relinchó. Temerosa, la mujer dijo:

—Espero que veás quién anda, viejo...

José pidió el farol y se adelantó por el patio. Dejando los platos sobre la mesa, la mujer siguió al carpintero. A poco andar, éste dió un grito, como si tanteara la oscuridad. Desde el portón le contestaron:

—Soy yo don José, Matías...

El viejo respiró. Desde el marco de la puerta El Riojano sacó la cabeza y preguntó cauteloso:

—¿Quién es?

—Matías —dijo la mujer.

—¿Quién?

—Matías...

El Riojano movió la cabeza comprensivo. Salió al patio. Cercana al portón la luz que lleva el carpintero se hamacaba marcando las sombras que se agrandaban y achicaban al ritmo de sus pasos.

—¿De quién es el caballo? —preguntó Matías mientras ataba las riendas.

—De él, —dijo el carpintero señalando hacia la galería.

Matías anudó las riendas y ayudó con un quejido a rematar el nudo.

—Ya me decía —continuó—, fué él, entonces, a quien encontré por el camino. Me siguió un trecho. Cuando le grité, no me hizo caso y se volvió. En el rancho dejó la bolsa con comida y me vine. El niño estaba solo. González había salido...

El Riojano y la mujer llegaron. El Riojano miraba con desconfianza y ceñía los ojos haciendo pantalla con la mano. El viejo levantó más el farol, y lo volvió a bajar cuando estuvieron cerca. Sonrió y dijo:

—Ahora estoy tranquilo.

Matías estiró la mano y se la dió a uno por uno.

—No me hizo caso cuando lo llamé, —dijo cuando llegó junto al Riojano.

—¿Yo? —preguntó éste.



—Lo seguí un trecho hasta que comenzó a galopar.

El Riojano torció la cabeza intrigado.

—Puede ser —dijo—. No me acuerdo...

Matías se sacudió la tierra de las mangas...

—Pero no tiene importancia —prosiguió—. Además por El Alto las piedras son tan grandes que impiden ver bien. Y a eso se agrega que ya era de noche...

El Riojano arrugó más la frente:

—¿Por El Alto?

Le quitó el farol al viejo con torpeza y alumbro la cara de Matías. Este parpadeó.

—No vine por El Alto —agregó encarándose algo confuso—. Vine por la quebrada...

Bajó el farol nuevamente.

—Entonces —tartamudeó Matías—, estoy confundido... Mejor dicho, lo confundí...

Los cuatro se dirigieron en silencio hacia la casa. Antes de llegar a la galería, el Riojano volvió a insistir:

—Digamé Matías, usted dice que yo lo seguí un trecho.

Un presentimiento lo paró en seco. Luego él mismo se contestó haciendo chasquear la lengua varias veces:

—Vine rápido. Tenía apuro por llevar el dinero...

—Entonces, ¿quién pudo haber sido...?

La voz de Matías sonó hueca. El Riojano levantó nuevamente el farol y descubrió la cara de éste. Tenía la boca abierta por el estupor. Lo miró fijo y agregó luego bajando el tono de la voz, como si quisiera contagiarle la duda que a él también comenzaba a invadirle.

—Usted también cree... ¿no es cierto...?

Matías asintió como un sonámbulo:

—Me han seguido...

El carpintero preguntó nervioso:

—¿Quién pudo haber...?

—Todos prometieron no decir nada —intervino la mujer—. Flores... —El viejo se dió un puñetazo en la palma de la mano.

—Tenemos que saber —dijo apretando las mandíbulas.

Luego reflexionó.

—El comisario no puede ser. El sargento tampoco.

—Quién nos dice que no... —dejó escurrir Matías.

El carpintero negó rotundamente:

—Pacheco trajo la noticia esta mañana. Hasta ayer buscaban por el sur. El sargento le había dicho...

Sonrió comprensivo antes de terminar.

El Riojano respiró profundamente:

—De todos modos estaremos en guardia —dijo.  
Estiró los dedos de la mano blandamente como un gato que se despereza y entregó el farol al viejo.

Entraron en la casa. La mujer sacó de la alacena un poco de queso y un pedazo de pan y se lo dió al Riojano:

—Para el camino, —dijo.

El Riojano agradeció con un murmullo ininteligible. Luego pidió unas alforjas y un pellón. Volviéndose a Matías le dijo:

—En cuanto sepa algo, me avisa. . .

El carpintero vino con las alforjas y el pellón. El Riojano explicó:

—Ayer perdí un pellón en la cuesta. . .

Se echó las alforjas al hombro y agregó:

—Tengo que estar en el rancho antes de medianoche. . .

Volvieron a salir hacia la calle. Por el camino la mujer iba rezando en voz baja. De vez en cuando, la nerviosidad le hacía aflojar una que otra palabra de la oración.

Al llegar, el Riojano aflojó la cincha y puso el pellón. Acomodó la montura y cinchó fuerte, un poco hacia adelante. Se disponía a subir cuando alguien llamó en la casa. El Riojano sacó el pie de los estribos; Matías gritó:

—¿Quién anda. . . ?

—Yo, Pacheco... —contestaron.

—Acerquesé —dijo el Riojano.

Pacheco llegó jadeando:

—Ya saben... ya saben...

La fatiga lo ahogó. Matías lo tomó de un brazo:

—¿Qué es lo que saben...?

Pacheco tragó saliva.

—Donde están... El rancho...

La mujer contuvo un grito. Buscó el brazo del viejo, antes de echarse a sollozar.

—Hay que hacer algo —dijo el carpintero torciéndose las manos.

Pacheco contuvo la respiración para poder hablar:

—A la frontera... Vayan a la frontera... El sargento dijo que vayan a la frontera...

Dando un paso el Riojano preguntó sordo:

—¿Quién fué? ¿Quién fué?

—El sacristán... Siguió a Matías en la mula del cura... La partida recién saldrá a la madrugada...

A Matías le reventó en la boca una maldición.

—No pierda tiempo —dijo el Riojano.

Este montó a caballo. Dejando de sollozar la mujer dijo:

—Cuideló bien al niño... En usted confío... Que Dios lo proteja...

El Riojano taloneó el caballo. Antes de salir tuvo que agacharse para evitar una rama del naranjo.

—Dentro de tres días los iré a buscar en la frontera, —gritó Matías.

La mujer lanzó un quejido y se apoyó de nuevo en el brazo del carpintero.

Todos quedaron escuchando cómo los cascos del caballo sonaban sordamente en la colcha de arena fina, como si chapotearan algo blando y viscoso. Al cabo de un rato, el silencio y la oscuridad se tragaron todo rastro de ruido.

## CAPITULO IX

Poco después de la medianoche el Riojano llegó al rancho. Sobre la mesa ardía una vela. Por momentos la llama aguijoneaba el aire, despidiendo un humo negro. Las sombras, en las paredes, y en el techo, bailoteaban como reflejadas por la superficie nerviosa de un charco sucio.

El Riojano tiró el sombrero sobre un cajón y llamó:

—¡González!

No respondió nadie. Dejó las alforjas sobre la mesa y se dirigió a un rincón. Destapó las colchas de uno de los catres. La cabeza del niño apareció sobre la almohada. Dormía plácido, con los cabellos revueltos sobre la frente, como si flotase en un remanso de lentos remolinos.

Miró luego en los otros dos catres. Ambos estaban vacíos. Volvió. Dejó la bolsa sobre la mesa y salió, preocupado, por la puerta oeste. La oscuridad lo detuvo. Se dispuso a gritar de nuevo pero pensó que podía llamar la atención.

Entró en el rancho:

“Si González no vuelve dentro de un momento

—se dijo— me llevo al niño y que él se las arregle como pueda”.

Nervioso, comenzó a acomodar las alforjas. Calzó el cuchillo en la faja y dobló varias mantas atándolas con tientos. Se disponía a tomar la bolsa con la comida, cuando sintió un ruido de pisadas. Se dió vuelta lentamente y puso la mano en el cabo.

González, apoyado en el horcón de la entrada, lo miraba con los ojos abiertos.

El Riojano respiró y quitó la mano de la empuñadura.

—¿Dónde estabas...?

—Caminando... afuera...

La voz de González era triste y monótona. El Riojano prosiguió:

—Hay que aprontarse... Nos vamos enseguida... Antes de la madrugada tenemos que ganar la frontera.

González lo seguía mirando como si escuchase sin comprender.

—El cura nos hizo seguir con el sacristán. Ya están sobre aviso. Pacheco trajo la noticia... Casi nos toman desprevenidos... Nos iremos hasta la frontera. Allí haremos unos pesos con el muchacho... Después ya veremos la forma de deshacernos de él...

El Riojano levantó la cabeza intrigado. Recién

cayó en cuenta que sus palabras se perdían. Arrugó el ceño. La desconfianza lo invadió:

—No podemos perder más tiempo —dijo.

González sonrió con una mezcla de amargura y estupidez. Con voz hueca agregó pausadamente:

—No... No nos vamos... El agua ya está cerca... Tenemos que esperar...

El Riojano se quedó inmóvil. Hizo a un lado la bolsa, pero no levantó la cabeza por temor a encontrarse con la mirada de González. Con jovialidad fingida dijo:

—¿Estás loco? Si nos llegan a prender saldrán a relucir muchas cosas... Vamos... no estoy para tonterías... Tenemos que apurarnos...

González volvió a repetir con firmeza:

—No... No nos vamos... El agua está cerca... Pobre gente... Nosotros somos su última esperanza....

El Riojano retrocedió un paso y levantó la cabeza...

—“No me gustan sus ojos” —se dijo.

Hizo chasquear la lengua como si estuviese contrariado y agregó persuasivo:

—¡Eso sí que está lindo! Vos inventás el negocio... Me ayudás... Le metés todos los cuentos al muchacho en la cabeza y ahora me decís... ¡Vamos González! Yo no puedo perder más tiempo. Ahí tenés tus cosas...



Trató de avanzar a su encuentro, pero de un salto González corrió hasta el catre donde dormía el niño diciéndolo:

—Todo es verdad... Todo es verdad... El agua está cerca, muy cerca... Las gentes tienen que creer en algo... Se van a morir.

Esta vez el Riojano dudó antes de darse vuelta. Sentía la desconfianza en la espalda. Sin embargo haciendo un esfuerzo giró lentamente mientras se decía:

—“Aquí terminamos la sociedad. Si no quieres venir, mala suerte. No pienso dejar el pellejo en la cárcel...”

Mantuvo la cabeza fija, como si mirara a González, pero con los ojos recorrió los objetos que tenía a su alcance. Pensó primero en el cuchillo pero luego desechó la idea.

—González... González... Lo siento pero tengo que llevarme al muchacho...

Comenzó a caminar mientras hablaba. Al llegar al final de la mesa advirtió la botella que sostenía la vela. Luego miró una silla que estaba al alcance de su mano.

—“Creo que está enfermo —se dijo—. Trataré de distraerlo con la silla primero. Después, la botella. Será suficiente. Si acaso me fallara, recién tendré que usar el cuchillo. Así como así, no puedo despacharlo. Me está dando lástima...”

A medida que el Riojano avanzaba, González repetía con insistencia:

—Todo es verdad... No podrá durar mucho la seca... Ayer escuchamos cómo corría el agua bajo la tierra... Me dirás que no es cierto pero yo te digo que es verdad... La gente tiene que creer en algo para poder aguantar...

Había casi un tono de súplica. Las palabras eran dichas con jadeos, entrecortadas. Las respiraba, casi.

—Si Cristóbal se va, ellos creerán que el agua lo va a seguir... ¿Qué van a hacer entonces...? Hay que esperar... hay que esperar... falta muy poco...

El Riojano caminó nuevamente y se apoyó en la silla con una mano, mientras que con la otra se afirmaba en la mesa.

—González... —lo llamó— ¿Estás enfermo...? ¡Lo que decís no puede ser...!

Se pasó la mano por la frente y recién entonces se dió cuenta de que transpiraba.

Volvió a vacilar. Le costaba terminar las cosas de ese modo. Pero ante todo estaba en juego su libertad. Sabía muy bien que no podría vivir sin el aire de los caminos, que no podría vivir sin ejercitar su poder de despertar el miedo amodorrado en el fondo de todo hombre, ser dueño, por ese medio de sus libertades, así como era dueño

de la suya. La posesión de "eso", así, en esa forma, lo llenaba de un vértigo, de una embriaguez de la cual vivía y de la cual sacaba siempre sus fuerzas para seguir viviendo, como una planta.

Por un momento pensó utilizar a González como lo hacía siempre. Luego cambió de parecer. González ya no era el mismo. Sentía su hostilidad en el ambiente, como si su voluntad chocase con la tela tensa de un bastidor invisible. Santiago había cortado las amarras y se adhería ahora al niño, con la fuerza ciega e inconsciente de un parásito.

—Será mejor que te vayás solo, a mí no me pueden hacer nada —volvió a decir González.

El Riojano dijo:

—Así será...

Rápidamente levantó la cabeza y de una patada derribó la silla hacia adelante. La oscuridad se tragó las cosas. Esperó unos segundos, luego arrojó la botella en la dirección donde suponía que estaba González. El ruido de los vidrios rotos llenó la oscuridad de salpicaduras. Esperó tratando de descubrir la respiración de González. El niño se despertó y comenzó a llamar angustiado:

—González... González... ¿Qué pasa...?

El Riojano sacó el cuchillo. De pronto un dolor agudo en el costado le obligó a inclinarse. El cuchillo saltó de sus manos. Se dejó caer a cuatro

pies y trató de alejarse del lugar. Su mano chocó con un objeto resbaloso y agudo. Era el gollete de la botella. Pero en ese instante sintió sobre su cabeza el asesar de González. Estiró el brazo y se encontró con sus piernas. Se aferró con fuerzas a ellas hasta que logró derribarlo. Arrastrándolo buscó el cuerpo. Dos manos le apretaban el cuello. Apoyó el gollete en el vientre de González y lo hundió con fuerza. El niño comenzó a llamar. Las manos apretaron aún más. El aire comenzó a faltarle. La cabeza se le llenaba de luces mortificantes. Sentía a través del gollete cómo se rasgaban los hilos de la ropa. Luego la sensación cambió. La punta entró en algo blando, palpitante y comenzó a avanzar sin encontrar resistencia. Las manos se ciñeron aún más. Los ojos comenzaron a dolerle. Una oleada de angustia le hizo hundir el gollete, todo lo que pudo, pero éste no lograba abrir la carne para que la vida surgiera como una miel espesa. Tuvo la sensación de que nunca lo lograría y se abandonó a la corriente pesada que comenzaba a invadirlo.

## CAPITULO X

Sobre el catre del niño, la partida encontró a González desangrado. El Riojano tenía el cuello roto. Cristóbal no hacía sino sollozar.

Los cargaron atravesados sobre los animales y descendieron luego por el cerro lentamente. Adelante iba el sargento, luego los dos caballos, llevando los cuerpos y, atrás de todos, el comisario cargando a Cristóbal en sus brazos.

Al llegar a la primera hondonada, el sargento detuvo a su animal, se paró sobre los estribos y miró hacia el oeste, por sobre los cerros:

—¡Qué hay! —gritó el comisario.

—Nada mi comisario. Me pareció ver un relámpago. Pero no...

—Seguí entonces...

El sargento se dejó caer sobre la montura con un gesto de desaliento. Cuando llegaron al paso del río, fue el comisario quien esta vez se dió vuelta. Comenzaba a aclarar sobre los cerros; la nube gris se levantaba lentamente. Como una culebra joven, el viento volvía otra vez a retozar entre las piedras levantando nubes de arena.

El comisario apretó los labios y dijo:

—Vamos...

Taloneó al caballo y lo animó con la rienda para que entrara en el vado muerto. Luego todos se perdieron detrás de las enormes piedras que salpicaban el camino.

*Este libro se terminó de  
imprimir en los Talleres  
Gráficos Stilcograf SRL,  
Donato Alvarez 1572/74,  
el 15 de noviembre, 1957.*

## ediciones "doble p"

## TÍTULOS PUBLICADOS

- \* ARDILES GRAY, Julio. — Los amigos lejanos, *novela*.  
— Los médanos ciegos, *novela*.
- BONDONI, Néstor. — La boca sobre la tierra, *novela*.
- CARELLA, Tulio. — El tango, mito y esencia, *ensayo*.
- CERRETANI, Arturo. — La violencia, *novela*.
- DI BENEDETTO, Antonio. — El pentágono, *novela en forma de cuentos*.  
— Zama, *novela*.
- ECHEGARAY, Aristóbulo. — "Don Segundo Sombra, reminiscencia infantil de Ricardo Güiraldes", *ensayo*.
- \* GORI, Gastón. — La muerte de Antonini, *novela*.
- LANCHARES REY, Pilar F. de. — Para luego morir y cambiar, *novela*.
- \* LUNA, Félix. — La última montonera, *cuentos bárbaros*.
- \* MANAUGA, Juan José. — Las tierras blancas, *novela*.
- OXLEY, Diego, R. — Tierra Arisca, *novela*.  
— El remanso, *novela*.
- \* PAGES LARRAYA, Antonio. — "Santos Vega, el payador - leyenda trágica", *teatro*.
- PRELOOKER, Carlos. — La noche y dos sombras, *novela*.  
— Pasto seco, *novela*.  
— Burbujas en el barro, *relatos oníricos*.  
— Cimarís, *cuento escénico*.
- \* RODRIGUEZ, Daniel. — 16 tatarabuelos, *novela*.
- SOLERO, Francisco Jorge. — La culpa, *novela*.
- VANASCO, Alberto. — Para ellos la eternidad, *novela*.
- \* VIÑAS, David. — Cayó sobre su rostro, *novela*.
- WEYLAND, W. G. — Belgrano "R", *cuentos*.
- \* Premiados.

## TÍTULOS A PUBLICARSE

- CERRETANI, Arturo. — Lobo del hombre, *novela*.
- FERNANDO, Valentín. — El límite, *novela*.
- GORI, Gastón. — El desierto tiene dueño, *novela*.
- LAMOTHE, Emilio A. — Moría el siglo, *novela*.
- PRELOOKER, Carlos. — Burbujas en el camino, *cuentos*.



(viene de la solapa anterior)

ma emoción con que me fué penetrando su lectura, lo editaré en cuanto pueda. Hay pequeños detalles a corregir, pero en este momento no quiero ocuparme de ellos. No quiero bajar a nada que pueda interrumpir este burbujear suave que siento en el pecho. Este burbujear que te agradezco, Julio, como te lo agradecerán cuantos lean tu hermoso libro”.

Carlos Prelooker.

Octubre 1957.

## JULIO ARDILES GRAY

Nació en Monteros (Tucumán) en 1922. Desde 1940 es profesor secundario habiendo dictado cátedras de Literatura Española, Argentina y Americana. Fué también maestro rural en ingenios y orfanatos. En 1943 fué uno de los fundadores del movimiento de *La Carpa* de tanta trascendencia en el desenvolvimiento cultural argentino. Desde hace muchos años ejerce el periodismo en *La Gaceta* de Tucumán y colabora en diarios y revistas de todo el país. Ha publicado: *Cánticos terrenales*, (1950) poemas; *Elegía*, (1951) novela; *La grieta*, (1952) novela; *Los amigos lejanos*, (1956) novela. Fueron representadas por conjuntos vocacionales las siguientes obras de teatro suyas: *Auto de Martín González*, *La muralla invisible*, *Trágico aire de ensueño*, *Farsa del rico tarugo*. Ha terminado la tercer novela del ciclo de *Los amigos lejanos*, cuyo título será *El final del camino*. Tiene otras dos novelas en preparación.



*"ediciones doble p"*